

## IGLESIA, CULTURA, UNIVERSIDAD\*

*"A quoi bon travailler sur le Moyen  
Age si nous ne laissons pas le Moyen  
Age travailler en nous?"<sup>1</sup>*

La interrogación que nos sirve de exergo da el tono de cuanto se dirá a continuación. Ella indica la óptica en que se encarará el tema propuesto: visión hermenéutica, propia de un pensador cristiano, que es consciente de situarse "bajo el techo de la Iglesia" (Karl Barth), más concretamente en el contexto actual de una Iglesia que, en camino hacia el tercer milenio, pretende establecer un diálogo con el mundo y, en especial, con el mundo de la cultura. No se trata, por tanto, de una perspectiva exclusivamente histórica, sea de historia de la Iglesia o de historia de las doctrinas medievales, sino de una visión más adecuada a un profesional de la teología que intenta pensar hoy, respetando su riqueza y de manera articulada, las relaciones entre "Iglesia, Cultura y Universidad". A lo que importa agregar que, si el contexto nos abrió la mirada hacia una perspectiva de futuro, el mismo tema, en el curso de la reflexión, nos la extendió retrospectivamente hacia el pasado, dando al discurso un carácter autobiográfico. Entiéndase: haciéndome tomar conciencia que las coordinadas mismas de esta reflexión reactivaban de manera nueva mi propio itinerario de pensamiento durante estos últimos cuarenta años.<sup>2</sup>

\* Ponencia presentada en las *III Jornadas de Historia de la Iglesia*, organizadas por la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina (13-14 octubre 1997).

1. ALAIN DE LIBERA, *Pensée au Moyen Age*, Seuil, Paris, 1991, 25.

2. Destaco de ese itinerario dos estudios en particular: *Evangelización, cultura, universidad*, Teología (XII-25/26), 1975, 96-127; y *Para un diálogo entre fe y ciencia*, en "La nueva evangelización del mundo de la ciencia en América Latina", Vervuert/Iberoamericana, Frankfurt/Madrid, 1995, 129-152.

El desarrollo del tema se hará a través de cinco grandes cuestiones que constituyen la profundización progresiva de dicha lectura hermenéutica:

- sentido del tema: la Edad Media y hoy
- título del tema: tarea hermenéutica
- la universidad medieval: dimensión institucional
- el siglo XIII y el estatuto de la razón cristiana: dimensión epistemológica
- lecciones de la historia: orientaciones prácticas

**Cuestión I<sup>a</sup>:** supuestos la perspectiva y el contexto indicados más arriba, ¿qué sentido tiene encarar el tema propuesto “Iglesia, cultura, universidad” en estas jornadas sobre historia medieval?

Es aquí que comienza a tener importancia la frase de De Libera citada al comienzo. En efecto, es de gran interés, en lo que concierne a nuestro tema, tomar conciencia del peso de ese fenómeno histórico capital que fue el nacimiento de la universidad en el Occidente latino-cristiano. La universidad medieval, la “Universitas” fue origen y, por largo tiempo, paradigma de la institución universitaria en Occidente, más allá de su recinto original eclesiástico.

Es sabido que el siglo XIII ve surgir, como secuela de las instituciones escolares palatinas que datan de Carlomagno y de las urbanas que eclosionan en el siglo XII, y en innegable tensión con las escuelas monásticas, la “Universitas”: ese “coetus” o corporación; casi diríamos –hoy–, ese gremio o cooperativa de profesores y alumnos consagrados al saber en su doble vertiente de investigación y transmisión. Se organiza así, por primera vez en nuestro Occidente –como dice Le Goff– la profesión del intelectual, la figura del profesor<sup>3</sup>. Aspecto institucional del fenómeno universitario en el que ya brillan los caracteres de un primer despertar del “espíritu laico”, típico de la edad moderna: búsqueda de la autonomía política, consistencia propia del trabajo intelectual, libertad de pensamiento<sup>4</sup>. Dos hechos medievales bastarán para ubicarse: la famosa huelga bienal de 1229-1231, que ilustra los dos primeros aspectos, y las no menos famosas conde-

3. JACQUES LE GOFF, *Les intellectuels au Moyen Age*, Seuil, Paris, 1957.

4. G. DE LAGARDE, *La naissance de l'esprit laïque au déclin du Moyen Age*, 5 tomos, Louvain-Paris, 1956 ss.

naciones en torno del "averroísmo" en 1270 y 1277, que ponen en evidencia el último de ellos.

**Cuestión II<sup>a</sup>:** ¿Cómo leer dicho fenómeno en nuestra propia perspectiva? Se abre así una tarea hermenéutica, cuyo primer paso está indicado en el mismo título: ¿cómo juegan entre sí los términos "Iglesia - cultura - universidad"?

Es aquí donde se me impuso por primera vez el aspecto autobiográfico del tema. Volvieron a mi mente los primeros planteos acerca de la enseñanza de la Historia de la Filosofía medieval: ¿cómo coordinar, en efecto, sus tres dimensiones específicas: la epocal, la racional y la cristiana? Verdadera "cruce" de la enseñanza de ese período de la Historia de la Filosofía, la coordinación de esa triple dimensión se impone igualmente aquí como nuestra tarea:

- un aspecto histórico-institucional: el emerger de la "Universitas" en el siglo XIII,

- un aspecto cultural: el enfrentamiento de dos grandes cosmovisiones, la cristiana y la "racionalista", como dos grandes tipos de aristotelismo en el seno de la universidad,

- un aspecto eclesial, que implica una doble consideración: ante todo su rasgo evangélico dado por la presencia de los mendicantes pensantes (Alberto, Tomás, Buenaventura...) en ese clima intelectual aristotélico. Tarea propia del "intellectus fidei". En segundo término, su contexto socio-político, en cuanto la universidad era un órgano de la Cristiandad, uno de los tres podios que la sostenían (*Sacerdotium - Imperium - Studium*), imprimiendo esta a cada uno de ellos su fuerte sesgo sacral. Entre lo evangélico y lo sacral, es necesario, pues, balancear la reflexión sobre este último aspecto.

Tratando de coordinar estas tres dimensiones en nuestro contexto actual las preguntas decisivas, como se irá precisando, serán: ¿cuáles son las condiciones actuales para una verdadera evangelización de la inteligencia (*intellectus fidei*)?, ¿qué tipo de institución cultural/universitaria se impone hoy?

**Cuestión III<sup>a</sup>:** ¿En qué medida las reacciones suscitadas en la Edad Media por los problemas de la triple coordenada estuvieron condicionados, positiva o negativamente, por la estructura política de la Cristiandad? Dicho en otros términos:

- ¿cual es la razón última de la laicidad “a medias” de la institución universitaria? Las huelgas de 1229-1231 ayudaron a liberar a la institución de los poderes políticos locales, pero a costa de ir subordinándola al poder central del papado.

- ¿por qué la asimilación difícil y el aborto final de la revolución cultural aristotélica? Baste recordar al respecto las condenaciones de 1270 y 1277, incluyendo en ellas a Tomás de Aquino quien, antes y después de su muerte (1274), no salió indemne de las mismas.

- ¿por qué la impregnación evangélica de los mendicantes se vio limitada, en el seno de las universidades, a su tarea exclusivamente intelectual, y no a lo corporativo? La mendicidad “institucional” de dichas órdenes se oponía, en efecto, al trabajo organizado propio del profesional universitario, tanto clérigo como laico.

En la búsqueda de una respuesta a esta cuestión se impone por una parte, una oscilación entre el peso negativo de la estructura del poder político-religioso de la Cristiandad, que neutralizó la plena eclosión de las fuerzas humanas y la conveniente respuesta evangélica de los mejores cristianos de la época y, por otra, el valor positivo que va surgiendo de nuestra relectura, a saber: la “universitas” que aparece ante todo como expresión de la época que la vio nacer; luego, la presencia dinámica de su triple coordinada –cultural, institucional, eclesial–, en el mismo nacer de la universidad; en fin, la creatividad pedagógica como signo de vitalidad académica, enlazando así desde su mismo origen lo cultural y lo institucional. Conviene insistir en este último punto.

La universidad medieval no sólo se abrió a una nueva visión del mundo y del hombre, sino que se vio obligada a adoptar una nueva manera de hacer ciencia, un método de investigación de la verdad de acuerdo a las pautas del saber aristotélico. Eso engendró nuevas formas de expresión y de enseñanza, nuevos géneros literarios, pronto institucionalizados, de los cuales el más típico es la “quaestio disputata”: verdadero ejercicio de destreza dialéctica que manifiesta, además, una cierta admisión del pluralismo doctrinal en el seno de la unidad de la fe y de la sociedad sacral. No parece con todo posible hablar de un auténtico diálogo, ni mucho menos de interdisciplinaridad, si bien es cierto que, en los límites relativamente estrechos de la ciencia medieval, los mismos pensadores se movían con bastante facilidad de un campo al otro.

Es necesario agregar, sin embargo, que la ausencia de un verdadero diálogo pluralista se manifestó conflictivamente de tres maneras:

- primero, porque el enfrentamiento de las dos cosmovisiones degeneró rápidamente en excesos, por una parte, y en condenaciones y censuras, por la otra;

- segundo, porque el pluralismo entre los teólogos devino con facilidad un verdadero antagonismo, entrando en el área de los enfrentamientos anteriores (neo-agustinismo vs. tomismo);

- tercero, porque las novedades de método y de géneros literarios degeneraron, con el correr del tiempo, en formalismos y academicismos propios de un cierto anquilosamiento institucional. No por nada la escolástica “flamboyante” de los siglos XIV y XV será atacada tanto por Erasmo como por Lutero.

Antes de dar el paso siguiente —decisivo en esta reflexión— conviene retener tres aspectos esenciales que hacen girar las tres coordenadas básicas en torno de un momento histórico único, cronológicamente datable: el siglo XIII.

En el plano institucional, la “Universitas” se sitúa en clara contraposición con mundo precedente, urbano-monástico, del siglo XII. Se acentúa así, frente al pasado, la novedad institucional que resulta de la eclosión de la civilización urbana. El elemento cultural subraya el aristotelismo como interpelación a la razón para entrar en diálogo con el mundo de la fe. A su manera, que no es la nuestra, el siglo XIII fue un siglo de diálogo, en el doble sentido, objetivo y subjetivo, de “intellectus fidei”. El diálogo fue multiforme, logrado o fracasado, pero comenzó a ejercerse en el seno de la tormentosa vida universitaria de dicho siglo. El elemento eclesial, en fin, cristalizado en la Cristiandad como estructura político-religiosa que integraba a la universidad como uno de sus órganos esenciales, ocasionó la paralización progresiva del diálogo con las condenaciones y, sobre todo con la vigencia de la Inquisición.<sup>5</sup> Aspecto evidentemente sombrío que frenó o anuló la novedad de una institución como universo de diálogo y su progresiva adecuación profesional y pedagógica a los acontecimientos cambiantes que prepararon las turbulencias del siglo XIV.

5. De su largo historial recordemos sólo dos fechas claves para esta reflexión: en 1231 Gregorio IX confía la Inquisición a los mendicantes, y en 1252 Inocencio IV legitima la aplicación de la tortura como práctica inquisitorial.

En síntesis: si el primer aspecto, institucional, apunta al pasado (siglo XII y anteriores), y el tercero, relativo a la Cristianidad, apunta al futuro (siglo XIV y siguientes), el segundo aspecto, específicamente cultural, se centra en el mismo presente del siglo XIII, en cuanto sellado por el fenómeno del aristotelismo, sus variantes y sus avatares, llevándonos a plantear un nuevo interrogante, quizás el más esencial e inquietante de todos los que van ritmando esta reflexión.

**Cuestión IV<sup>a</sup>:** ¿Qué tipo de razón cristiana se fraguó y se fue institucionalizando en la Iglesia medieval a partir de su encuentro con el aristotelismo integral del siglo XIII? Problema epistemológico del que todavía, gracias a la herencia de Tomás de Aquino y sobre todo de las variantes neotomistas, vivimos —aunque conflictivamente—, en la actualidad.

Es necesario situarse frente a él para plantear el problema de hoy: ese tipo de razón cristiana —un “*intellectus fidei*” transformado en “ciencia aristotélica de Dios”—, ¿es compatible todavía con el tipo de “evangelización de la inteligencia” que la Iglesia invita a elaborar a partir del Vaticano II y en la dinámica de la Nueva Evangelización hacia el próximo milenio (cf. sobre todo “*Tertio millenio adveniente*”). ¿Es dicha ciencia aristotélica de Dios el instrumento adecuado para un diálogo pluralista donde se respeta el libre acceso a la verdad y donde se facilita la libre acogida de la Verdad de Cristo presente en los evangelios? ¿Es dicha ciencia expresión conveniente de un testimonio y de un servicio desinteresado al anuncio de la Buena Nueva?...

Para tomar mejor conciencia de la importancia de esta cuestión, desplegada en una serie de interrogantes relativos al “*intellectus fidei*”, importa captar que ella aúna, aplicándolas al presente e íntimamente unidas, las tres coordenadas propias de nuestro tema: ¿qué Iglesia vivir hoy?, ¿qué razón cristiana se requiere hoy?, ¿qué instituciones culturales se necesitan hoy para esta Iglesia y esta razón cristianas? Esta simple evocación basta para comprender que el elemento cultural ocupa el lugar intermedio, es decir mediador y esencial, de toda esta reflexión: ¿qué razón cristiana se insinúa y se requiere hoy en función de la Nueva Evangelización? ¿cuál es el “*intellectus fidei*” adecuado para el próximo milenio?

En este preciso marco se percibe bien lo antes subrayado sobre la universidad medieval como expresión de su época. También los medievales del siglo XIII respondieron a su manera, dando diferentes respuestas a nuestros mismos problemas, al triple interrogante:

(1) ¿qué cultura queremos? (= ¿qué razón cristiana?)

De diversos modos la respuesta fue el "aristotelismo cristiano", que degeneró en el averroísmo condenado, por un lado, y por el otro, se canalizó paulatinamente en el tomismo.

(2) ¿qué universidad queremos?

Los clérigos y los políticos el siglo XIII respondieron: un "órgano de Cristiandad", prácticamente al servicio del poder político-sacral, mientras los laicos (representados sobre todo por la Facultad de Artes) reclamaron una institución autónoma que finalmente abortó enredada en la crisis del averroísmo, preparando así las grandes conmociones del siglo XIV.<sup>6</sup>

(3) ¿qué Iglesia, qué Cristianismo queremos?

También aquí los medievales respondieron diversamente, aun dentro de un mismo marco político-social: o una Iglesia-Cristiandad (como poder político-sacral), o una Iglesia-Evangelizadora (representada sobre todo por los mendicantes en el plano cultural-evangélico de la institución universitaria). Es en estos últimos que aparece lo mejor del proyecto de "evangelización de la inteligencia" en el siglo XIII, en la línea de un servicio desinteresado de la Verdad conforme al clima de la "Dignitatis humanae".

Como puede entonces verse: paralelismo de cuestiones esenciales, diversidad de respuestas epocales. Si eso fue la universidad medieval como expresión de su época, ¿en qué medida puede ella iluminarnos para orientar nuestra situación actual, teniendo en cuenta que no existe ya una universidad órgano de Cristiandad sino, a lo sumo, diversas universidades católicas; que el problema del diálogo se plantea hoy, no ya entre escuelas monásticas y urbanas en el seno de una misma cultura global, sino entre individuos e instituciones moldeados por culturas diversas que cohabitan en una misma época (las tensiones entre lo confesional y lo laicista, lo estatal y lo libre, lo público y lo privado, pasan por esta dimensión); y que, en fin, el problema cultural y su

6. Es aquí, sobre todo, que se impone la lectura atenta del libro de A. de Libera citado en la nota 1.

exigencia epistemológica debe apuntar antes que nada al marco pedagógico e institucional que requiere la dinámica cristiana de la Nueva Evangelización?

Conviene observar, antes de avanzar en la reflexión que, si estas observaciones son correctas, los tres aspectos indicados apuntan al diálogo. Pluralismo de las instituciones, carácter libre de la búsqueda de la verdad, tipo de razón cristiana que permita y facilite este acceso libre y la acogida libre del Evangelio: todo ello es inteligible sólo en un clima de diálogo verdadero. Eso nos lleva al quinto y último interrogante.

**Cuestión V<sup>a</sup>:** ¿Cuál debe ser hoy el diálogo entre razón y fe? En efecto, plantear hoy el problema del estatuto de la razón cristiana en el horizonte de su dimensión evangelizadora y de sus exigencias pedagógico-institucionales, equivale, a mi entender, a replantear en términos actuales el viejo problema del diálogo entre fe y razón.

Problema inmenso que es imposible encarar aquí a fondo pero del que, dentro de esta óptica hermenéutica y con plena conciencia de su carácter panorámico, es posible subrayar algunos aspectos importantes que pueden ser retenidos como lecciones de la historia a la luz de la experiencia medieval. Es aquí donde la tarea hermenéutica lleva a opciones prácticas, mejor aun, donde la hermenéutica se muestra como un ejercicio, también y quizás sobre todo, de la razón práctica.

En primer lugar, se vio más arriba que en la universidad del siglo XIII se ejerció el diálogo aunque, finalmente, este abortó. Conviene preguntarse: ¿faltó quizás una epistemología del diálogo que sustentase el gigantesco esfuerzo intelectual de los grandes pensadores de la época? ¿No fue insuficiente para ello la herencia lógica de Aristóteles? Sin embargo, en la misma Edad Media, la figura luminosa de un Anselmo de Canterbury, ubicada en el límite de los siglos XI/XII trazó bastante antes algo más que esbozos de una pedagogía del diálogo que, una vez descubierta, polarizó todos sus esfuerzos propios de la "Fides quaerens intellectum".<sup>7</sup> Es quizás por eso, entre otras razones, que su lectu-

7. Sobre este problema remito a mi estudio *Pedagogía del diálogo y lenguaje verdadero: reflexiones de hoy y de siempre*, en *Escritos de Filosofía* (Acad. Nac. de Ciencias de Bs. As.) (16) t. 32, 1997, 197-208.

ra suena a nuestros oídos como mucho más actual y convincente que una “ciencia aristotélica de Dios”. Salir del aristotelismo del siglo XIII, no equivale entonces necesariamente a salir de la teología medieval. En la rica tradición de la “Fides quaerens intellectum” hay quizás posibilidades insospechadas y, sobre todo, inexploradas todavía, que permitirían repensar hoy, en la línea de una teología dialógica (Anselmo) y peregrinante (Eckhart), el estatuto de la razón cristiana. Una razón cuyo ejercicio manifieste que el acceso a la Verdad es un Camino, libre, de Vida.

En segundo término, esa epistemología del diálogo exige ser verificada institucionalmente gracias al diálogo ejercido en cada ámbito de la vida universitaria. Eso supone que la razón cristiana no sólo no se proponga en cada Facultad como “extensión cultural” ni tampoco –todavía menos– que se imponga como una especie de “metaespecialización” plenificante de los otros saberes, sino que se exponga, en el doble sentido de la palabra, al diálogo concreto con los diversos saberes. Respetar la trama de cada especialización y tratar de mostrar cómo la savia cristiana es capaz de enriquecer la misma vida intelectual del hombre en lo que tiene de más específico y variado: he ahí la tarea propia de las Facultades de una Universidad cristiana hoy, que se convierten así en lugares “institucionales” abiertos a una experiencia humana integral. De ahí que el diálogo fe-razón deba abrazar inseparablemente, para decirlo según una reminiscencia kantiana, los tres aspectos donde se plantea la seriedad de la cuestión del hombre: fe y ciencia (terreno del pensar), fe y cultura (terreno de la “poiesis” y la “praxis”), fe y religión (terreno del esperar...). Atravesando transversalmente estos terrenos, la universidad estaría en medida de mostrar, haciendo de ellos un espacio de inculturación de la fe y de evangelización de la cultura, que la Verdad y la Vida son capaces de Caminar en libertad y en comunión.

En último lugar, para concluir estas observaciones con una nota más propiamente histórica, una recomendación –que es una súplica– a los que se ocupan de Historia de la Iglesia: no cesen de escudriñar la relación entre el siglo XIX y el XX. Insinuarlo aquí no es extraño sino en apariencia. En efecto:

- el tema encarado se centró finalmente en el siglo XIII, siglo de la Universidad medieval;
- el contexto eclesial actual apunta hacia el siglo XXI: la con-

versión necesaria de los católicos en orden a la Nueva Evangelización;

- la óptica hermenéutica de relectura ha hecho tomar mejor conciencia, al menos lo espero, de que el estatuto aristotélico de la razón cristiana, inaugurado en el siglo XIII y prolongado con muchas variantes hasta mediados de este siglo (el Vaticano II), hace del tránsito entre los siglos XIX y XX el límite de una época que se cierra y que impone la tarea de repensar el paso al próximo milenio (siglo XXI).

¿Qué otra cosa, en efecto, pide Juan Pablo II en "Tertio millennio adveniente"? Para decirlo brevemente: celebrar el Jubileo del año 2000 exige convertirse, es decir liberarse conscientemente de los lastres acumulados en todo este período, en particular en el segundo milenio y en este último siglo. La atención dirigida en esta reflexión hacia los siglos XIII y XX, marcado por las secuelas del XIX, nos sitúan muy precisamente en ese período. Tal parece ser el marco histórico adecuado para que la razón cristiana se repense hoy como servicio desinteresado de la Verdad del Evangelio.

Me atrevo a esperar, al terminar estas líneas, que este libre itinerario de pensamiento en torno a la Universidad "nacida" en el Occidente medieval cristiano en pleno siglo XIII, por modesto que sea, puede contribuir en algo a ello. Las lecciones de la historia, a mi entender, no consisten en dar soluciones hechas ni recetas para nuestros problemas sino en ayudar a percibirlos mejor gracias a cuestionamientos que surjan de una relectura hermenéutica del fenómeno histórico. Es así como, al terminar, volvemos a reencontrar la sugerencia de A. de Libera que sirvió de introducción: "¿De qué sirve trabajar la Edad Media si no dejamos que ella trabaje en nosotros?".

Sea de ello lo que fuere, el mismo carácter interrogativo de la exposición puede ser un estímulo para que al menos algunos historiadores de profesión, suplan su insuficiencia. Eso bastaría para darnos por satisfechos.